



**CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA**  
**DÍA DE ORACIÓN POR LA VIDA, LA**  
**RECONCILIACIÓN Y LA PAZ DE COLOMBIA**  
**“USTEDES SON HERMANOS” (Mt. 23,8)**

**HOMILÍA**

**3 de mayo de 2024**

*“Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo”,* cantamos en la semana santa. Hoy, en el marco del tiempo pascual, de nuevo ponemos la mirada en el madero de la cruz, para no olvidar que la vida nueva que nos regala el Resucitado, pasa necesariamente por la cruz.

Además, estamos llevando a cabo la *Jornada de oración por la vida, la reconciliación y la paz de Colombia*, cuyo tema propuesto es “Ustedes son hermanos” (Mt. 23,8).

Y no podía ser de otra manera, porque, como dirá el apóstol Pablo en su carta a los Efesios, “Cristo, que es nuestra paz, hizo de ambos pueblos uno solo, restableció en sí mismo la paz, de los dos pueblos creó una sola y nueva humanidad, reconciliándonos con Dios en un solo cuerpo mediante la cruz, y así puso fin en sí mismo a la enemistad” (2, 14-15).

Al fijar los ojos en Jesús, crucificado y victorioso, descubrimos en la cruz su trono real. Es en la cruz donde lo reconocemos Rey y Señor, y en lo alto de la cruz, nos regaló la vida nueva del espíritu, cuando de su costado traspasado por la lanza manaron sangre y agua.

Pero no termina todo allí. Con la cruz y a través de ella, vence el poder del maligno. El relato del libro de los Números de la primera lectura, y el evangelio de San Juan, nos ponen de presente que es desde lo alto en que Dios ejerce todo su poder. Los israelitas, mordidos por las serpientes, miran la serpiente de bronce puesta en alto, y se curan; y Jesús, del que se dijo, que “mirarán al que traspasaron” (Jn., 19, 36; Za, 12,10), hace que con su muerte en cruz se rasgue en dos el velo del Templo,

tiemble la tierra, se partan las rocas, se abran los sepulcros y resuciten “muchos cuerpos de los santos que habían muerto” (Mt. 27, 52).

El misterio de la cruz es insondable, porque el que había muerto clavado por amor a nosotros, efectivamente resucitó. De eso hablan los apóstoles que, con su nueva vida, llena de valor y entereza, dan fe de la resurrección de Jesús.

Y es el mismo Cristo, quien se aparece a los apóstoles con un saludo especial: “les doy la paz”.

Sí. Él es nuestra paz. Es la paz que necesitamos cuando vivimos tiempos turbulentos en prácticamente todo el mundo, y en Colombia, donde la paz que tanto anhelamos, a veces parece esquiva y lejana.

Cuánto necesitamos de hombres y mujeres, de todas las condiciones sociales, culturales, edades y hasta de credos religiosos, que, pensando en el bien común, superando la fuerza de las ideologías, sean capaces de darlo todo y darse plenamente a la causa de la paz. Cuánto valor se requiere para dar el paso de la paz, en donde la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición de actos violentos permitan a todos, víctimas y victimarios, abrazarse, no para asfixiar al otro, sino para expresar su reconocimiento de los hechos de dolor, la reconciliación, el perdón y la cercanía.

Si hacemos una ubicación espacio temporal en el juicio contra Jesús y los hechos del Calvario, ¿qué podrían pensar interiormente los presentes al ver que ante la injuria e insultos el condenado guardaba silencio, y ante el suplicio injusto de la cruz, sólo dijo “Padre perdónales porque no saben lo que hacen?”

Prácticamente solo uno, el centurión romano, pudo descubrir y expresar todo lo que estaba detrás de esa escena. Pudo entrever quién era el crucificado y atinó a decir que “verdaderamente ese hombre era hijo de Dios” (Mt. 27, 54).

Estas son lecciones de vida, las últimas del Maestro divino, que todavía no hemos sido capaces de aprender. Jesús nos enseñó la fuerza del silencio, del perdón y del amor sin límites.

El 2 de mayo de 2002, fue la atroz masacre de Bojayá, y quedó para la memoria la imagen del Cristo sin manos y sin pies. Recordemos lo que ante esta imagen dijo el papa Francisco en Villavicencio:

“Ver a Cristo así, mutilado y herido, nos interpela. Ya no tiene brazos y su cuerpo ya no está, pero conserva su rostro y con él nos mira y nos ama. Cristo roto y amputado, para nosotros es “más Cristo” aún, porque nos muestra una vez más que Él vino para sufrir por su pueblo y con su pueblo; y para enseñarnos también que el odio no tiene la última palabra, que el amor es más fuerte que la muerte y la violencia”.

En esta Jornada de oración por la vida, la reconciliación y la paz de Colombia, retomamos el mensaje pascual de Cristo, que nos exhorta al amor mutuo, al perdón, al respeto recíproco y a trabajar por la paz que Él mismo nos da. Pero también, recogemos el clamor de tantos hermanos nuestros, en todos los lugares de nuestro país, en las ciudades y en los pueblos, que se sienten agobiados, casi secuestrados, por una ola de violencia, chantaje, vacunas y extorciones, en aumento, que les quitan la libertad, incluso hasta de su libre movilidad.

La muerte trae muerte, la violencia trae más violencia, el odio no trae sino rencores y venganzas. Aprendamos y hagamos vivas las palabras de San Pablo: “Vence el mal con el bien” (Rom. 12,21), y si tomamos conciencia de que verdaderamente somos hermanos, seremos capaces de hacer de esa fraternidad, una realidad.

Miremos la cruz y al Crucificado. En una unión mística ese nuevo árbol florece y da frutos de paz y reconciliación. Los invito para que no solo adoremos la cruz, sino que nos injerremos a ella, para que retoñemos con la esperanza de ser los constructores de una nueva sociedad.

Abrazados e injertos en la cruz del Redentor, elevemos a Dios nuestras plegarias por la conversión de los pecadores y de quienes perpetran toda clase de crímenes y desastres, y nos conceda también nosotros, víctimas y ciudadanos del común, comprender y perdonar al estilo de Jesús.

En esta santa misa, el mensaje de la cruz es contundente. Con la muerte en la Cruz, Cristo “puso fin en sí mismo a la enemistad”. Es la muerte que ha sido vencida a través de ella, y por ella hemos sido redimidos y hechos hermanos, miembros de una misma familia.

Oremos y presentemos al Señor la súplica confiada para que seamos todos, en Colombia, y en el mundo entero, sembradores y artesanos de paz.

La Madre del Cielo, Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, la Reina de la paz, interceda por todos. Amén.

+Luis Fernando Rodríguez Velásquez

Arzobispo de Cali